

## EL TESTIGO DE DON LEONARDO POLO

Con la venia. He sido discípulo de don Leonardo Polo, desde que le conocí en 1976, al empezar mis estudios de filosofía en esta universidad. Ya en aquellos años de estudiante, mecanografié para él algunas de sus páginas; manuscritas con esa minúscula letra suya, que no todos podían leer. Después codirigió mi tesis doctoral, y me ayudó a conseguir trabajo en la universidad. Más tarde aún, ya como profesor, he coincidido con él en algunas actividades académicas, como tribunales y congresos. También, he transcrito cursos suyos grabados, y he revisado otros escritos suyos para que se publicaran como libros. Incluso me he permitido escribir bastante, quizá demasiado, sobre su filosofía. Y luego, hemos fundado en Málaga, con Ignacio Falgueras aquí presente, el *Instituto de estudios filosóficos Leonardo Polo*, para la investigación y difusión de su pensamiento. Además, claro está, de que me he leído y estudiado su obra entera; puedo decir, que casi toda la filosofía que se, la he aprendido de don Leonardo. Que, por todo esto que digo, ha sido mi maestro, como el de tantas otras personas.

Y, lógicamente, con tantos años de discipulazgo, se generan también relaciones personales: que son de amistad, a pesar de las diferencias de edad y autoridad que mediaban entre nosotros. Nos hemos escrito en ocasiones. Don Leonardo vino a mi casa algunas veces, como yo a la suya con cierta frecuencia, más en esta última época en que ya no podía salir. En distintos sitios y momentos, hemos compartido mesa y mantel. Yo le regalé, por ejemplo, libros de Perry Mason, de ésos que tenía mi padre y tanto le

gustaban; y él, en cierta ocasión, trajo del Perú -para la colección de mi hija Paloma- una concha de esas grandes, con las que parece oírse el mar. De manera que don Leonardo no era sólo mi maestro, sino además -en buena medida- un amigo mío.

Y añadiré también, aunque ésta sea una consideración de tipo más personal, que hay algunos aspectos de su vocación cristiana -tantos años en el Opus Dei!-, relacionados con su actividad profesional, que a mí me parecen dignos de mención, por admirables. Por ejemplo su ambición, la altura de miras de sus planteamientos teóricos: ésa que le movió, cuando era un joven doctorando en leyes, al intento de sustentar el derecho natural, nada más y nada menos, que en el ser creado de la persona humana. O también la constancia, acorde con la preferencia por las últimas piedras mejor que las primeras. Tenacidad que tuvo que emplear don Leonardo para desplegar su planteamiento filosófico, a pesar de no pocas dificultades internas; y de la incomprensión, escaso aprecio y parco reconocimiento que suscitó entre sus colegas, especialmente al principio. Y por último también, su dedicación, su laboriosidad; aquélla por la cual, después de impartir en esta universidad sus clases, acudía los veranos a Suramérica para exponer otros cursos y lecciones; lo que hizo más de veinte años, hasta que su salud ya no se lo permitió. En cierta ocasión me dijo que eso lo hacía, porque así se lo había indicado san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, y de esta universidad. Colaboró además con muchas otras instituciones docentes; entre las que quiero señalar mi universidad de Málaga, a la que vino también más de veinte veces, mientras

pudo: a tribunales, a impartir conferencias o a participar en congresos. De modo que sí: entrega, perseverancia, ambición; por señalar algunos aspectos. Don Leonardo ha sido para mí un maestro, un amigo... y también, en cierto modo, un modelo.

Con todo y con esto, y aunque las personas sean preferibles a las cosas, a mí lo que más me ha gustado siempre de don Leonardo, ha sido su filosofía. Y, como la considero de cierta importancia en la historia del pensamiento humano, quiero resumir aquí -en cinco minutos- las que estimo sus tres aportaciones más notables, por lo demás eslabonadas.

La primera, claro está, es la noción de límite mental y la metodología subsiguiente, que pretende abandonar esa limitación. Don Leonardo, en su primera época, estudió muy minuciosamente ese límite, que ubicó en la presencia de todo eso que hay ante el hombre: para indicar qué es esa presencia, de qué manera aparece según las distintas dimensiones del conocimiento humano, en qué momento ya no da más de sí, y cómo finalmente puede abandonarse de un modo plural -según cuatro dimensiones-, a fin de mejorar nuestro conocimiento de los seres en cuanto que creados.

Porque el abandono del límite mental tiene el sentido de formular, con mayor precisión, la distinción real entre la esencia y la existencia que caracteriza a las criaturas; lo que hace, de otro modo al establecido por el neotomismo del siglo XX. Y es que el acto de ser de las criaturas no es ya la actualidad de todos los actos y formas, como parece sugerir el aquinate, porque la actualidad -la presencia- es el límite mental. En cambio, como la criatura

comienza a ser, la actividad del ser creado más que a la actualidad mira a la posterioridad: a seguir, a continuar hacia el futuro, a mantenerse siendo. De modo que el ser no es lo anterior, luego comprimido por la esencia para constituir el ente actual; sino que es la esencia la anterioridad que después, más allá de la actualidad, consigue ser. Esencia que, por su parte, es una limitación del ser; pero no tanto por recortarlo, o restringirlo a su determinación actual; cuanto porque, al anticiparlo, lo analiza, desplegando la fecundidad de su potencial.

Pero luego sucede además que, al entender mejor el acto de ser creado, la existencia que es realmente distinta de su esencia, se logra ampliar la metafísica: para comprender no sólo el ser natural, sino además el ser personal; mejorando un poco el conocimiento analógico que de éste podíamos obtener a partir de aquél. Porque las personas se distinguen de los otros seres no sólo por su naturaleza racional, sino -sobre todo- por tener una existencia peculiar. La filosofía de don Leonardo consigue entender el acto de ser persona, y lo distingue con nitidez del acto de ser que corresponde al universo, del que dependen los seres naturales. Si éstos existen, la persona humana más bien coexiste: ante todo con el propio universo, luego con las demás personas, y muy especialmente con el creador.

Por tanto, si Tomás de Aquino distinguió la esencia de la existencia, don Leonardo amplía esa distinción, y -cuando se trata de seres personales- distingue la esencia, de la coexistencia. Y si Tomás de Aquino, desde la composición de esencia y existencia, llegó a sospechar lo que es la plenitud de

la existencia: la de un ser que es su propia existencia, sin limitación de ninguna clase, y que es el creador; desde la ampliación de don Leonardo, que distingue en las personas esencia y coexistencia, se puede vislumbrar lo que es la plenitud de la coexistencia: la de un ser que es su propia coexistencia; pues el creador se replica interiormente a sí mismo: tal que no es una sola persona, sino varias dentro de un solo ser.

En cambio, como la persona humana es creada, carece de réplica en su interior, está ella sola; y surge la presencia de cuanto hay ahí delante; con lo que volvemos al comienzo: al límite mental. El hombre, en la actualidad, no encuentra dentro de sí otro como él, sino que presencia lo que hay en el exterior: el mundo y las manifestaciones externas de otras personas.

Por tanto, son tres aportaciones del pensamiento de don Leonardo a la filosofía, que están encadenadas: hallazgo del límite mental, interpretación de la distinción real, noción de coexistencia personal. De las tres, en mi opinión, la más relevante es ésta última: su antropología trascendental, su estudio del ser personal.

Y, por tanto, es muy cierto: las personas son más importantes que las cosas; y la persona de don Leonardo -ya he dicho: maestro, amigo, modelo- es más importante que su obra, ¡cómo no!. Pero ésta es la condición histórica del hombre: que se va de este mundo dejando un legado. Y ese legado es para nosotros un testigo: que debemos recoger y luego entregar, transmitir. Lo que a nosotros nos queda ahora, no es sólo un penoso vacío; sino una tarea: la de estudiar, difundir y proseguir su obra.

Juan A. García González  
Mayo del 2013